

# Una postura post-electoral independiente

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

**P**ASADAS las elecciones hay que omitir toda propaganda partidista para dar paso a una actitud y a un clima serenos que permita a los ciudadanos españoles pensar según su propia conciencia que es lo que cada uno debe hacer.

La Iglesia, sólo por boca de algunos pocos obispos, ha adoptado una postura adecuada, dentro de esta línea, que se ha de recordar a los lectores; reflexión la más oportuna.

Además hay que saber que para los católicos la decisión popular es también la única válida, y esto ayudará a todos a aceptar la solución que hayamos escogido quienes hemos votado.

El voto ha sido un primer paso para conseguir la objetividad tan necesaria en estos momentos, y en los que van a venir. Todo lo que ayude a este planteamiento objetivo para después de las elecciones preparará una buena labor social, económica y política.

Lo importante no ha sido sólo votar, sino también —y sobre todo— lo que ha de pasar después. Por eso las instrucciones de la parte más sensata del alto clero español podría servir, no solamente en el final de la carrera electoral para la que fueron hechas, sino también para que pensemos cómo debería ser la actuación de los ciudadanos católicos españoles de cara a la solución de los problemas culturales, sociales, políticos y económicos que es preciso abordar con valentía y realismo desde este mismo instante, después de pasada la espuma del período electoral.

Comenzará una batalla por parte de la Iglesia a propósito de temas que para ella son alérgicos —indebidamente alérgicos—, como son el del divorcio, el del aborto, el de los anticonceptivos y el de la enseñanza. Los otros problemas quizá los deje semio olvidados, pero éstos saldrán a la palestra inmediatamente.

Por eso mismo, desde este instante es necesario recordar bien claramente cuál será el papel de la Iglesia y ponerlo en su sitio.

Es necesario analizar cuidadosamente las palabras que surgen de boca del clero, y en particular de los obispos, palabras que no pueden tener nada más que una intencionalidad ética general. Esta intencionalidad ética general es la única que puede ejercer la institución eclesial, ya que si se sale del contenido moral-

social de los problemas del país ejercita una teocracia manifiesta, y si pretendiera tener una competencia técnica, en aquello para lo cual no está llamada por Jesucristo a intervenir, caería en el clericalismo.

La frase clave que orienta la posibilidad de enseñar que tiene la Iglesia la dijo en 1966 Pablo VI: "La Iglesia no tiene soluciones técnicas, económicas, políticas o militares que proponer; y ésta es la razón por la que, con bastante frecuencia, haya podido considerarse como menos importante su contribución a la edificación de la sociedad".

Las aplicaciones técnicas, aunque sean sugeridas por la Iglesia-jerarquía, no pueden obligar, sino que deben pasar por el tamiz de nuestra conciencia responsable. Ya somos mayores de edad, en el plano religioso, para dejar avasallar nuestra conciencia con toda suerte de condicionamientos prácticos por la jerarquía eclesial, como ha pasado muchas veces en nuestro país.

El famoso especialista en materias sociales padre Sorge, subdirector de la revista de los jesuitas "Civiltà Cattolica", distingue en las intervenciones del magisterio eclesial con toda razón entre los principios morales y las "indicaciones o sugerencias científicas o técnicas" que se contienen en estas enseñanzas. Distinción que todos debemos hacer en la Iglesia, como cristianos que somos, para no dejarnos llevar de un cierto conformismo impropio de nuestra calidad de personas responsables y activas en ella.

Estas indicaciones científico-técnicas pueden ser "inexactas o verdaderas", pero en uno y en otro caso "siguen siendo opinables y contingentes", según el padre Sorge; y a nosotros nos toca desgajarlas de la enseñanza moral básica, y enjuiciarlas con arreglo a nuestro criterio de seglares inmersos en el mundo, bastante mejor conocedores que la jerarquía de la realidad social.

Se trate del marxismo, o de la enseñanza, o de la cultura, o de los problemas de la pareja humana y de la familia, el criterio de la jerarquía debe ser enjuiciado por el creyente con arreglo a estas distinciones para poder acertar como ciudadano y como católico. Y si no lo hace así se convierte en un autómata de la religión, o en

un clerical que dimite de su condición de ciudadano responsable.

Sirven por eso para después de las elecciones las dos únicas normas eclesiales aprovechables que he leído en los días previos: las del arzobispo de Oviedo y las del obispo de Huelva.

La labor del clero ha de ser formar —según ellos— las conciencias de los fieles "en los principios más importantes del magisterio social de la Iglesia". Y uno básico es comprometerse "con los más pobres, débiles y marginados", como piden también 60 sacerdotes santanderinos que son más avanzados que su complaciente y conformista obispo.

Además deberá defenderse la "libertad religiosa". Todos los partidos, en general, creo que lo hacen así, salvo alguno que otro de la ultraderecha: por ahí no habrá grandes problemas.

También hay que "rechazar claramente la intolerancia y la violencia armada", porque a golpes físicos no se construye una sociedad normal.

Es verdad del mismo modo que hay que defender "la libertad de los padres respecto a la educación de sus hijos menores", pero sin perjuicio del procedimiento para conseguir una educación de todos los niños y adolescentes que cumpla los elementos básicos de un desarrollo social, de una convivencia y de una eficacia educativa. La escuela pública no puede estar gobernada por las concretas exigencias de la Iglesia para sus fieles. Y habrá que dar además "garantías sobre la igualdad real de oportunidades respecto a la educación y a la cultura".

La Iglesia "no puede tener una intervención partidista", a pesar que antes de las elecciones algunos obispos la han tenido diciendo un no demasiado rotundo a lo que debería ser decidido y aplicado personalmente por los cristianos.

Y, para terminar, concluyamos transcribiendo esta última norma de don Gabino Díaz Merchán: "En toda actuación hay que insistir en la obligación que tiene cada cristiano de elegir personalmente... según su propia conciencia". ■